

# EL CURA DE ARS, PASTOR, MAESTRO Y SANTIFICADOR

JUAN XXIII TRAZA UN ESBOZO DE PASTORAL SOBRE EL CAÑAMAZO DE LA VIDA DE JUAN MARIA VIANNEY



# incunable

PERIODICO SACERDOTAL Números 123 - 124. Agosto - Septiembre 1959 - Redacción: San Pablo, 17 - Salamanca  
Administración: Vallehermoso, 38 - Teléfono 579600 - Apartado 10.059 - Madrid  
VOLUMEN III PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS - EXTRANJERO: 1,70 DOLARES NUMERO SUELTO: 8 PESETAS

Depósito Legal: M. 677-1958.

## IGNORANCIA RELIGIOSA

### Editorial

IGNORANCIA sería imaginar que uno sólo de nuestros lectores no haya leído aún la encíclica, transida toda ella de un profundo sentido pastoral, que el Papa publicó en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Pero si así fuera, de corazón le pedimos que no deje de hacerlo cuanto antes, porque ciertamente disfrutará muchísimo al zambullirse en las claras aguas del paternal pensamiento de Juan XXIII.

Sólo intentamos comentar aquí uno de los primeros párrafos: "La causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, y perturban las mentes de muchos, es la ignorancia de la verdad. Y no sólo su ignorancia, sino a veces hasta el desprecio y la temeraria aversión a ella. De aquí proceden los errores de todo género que penetran como peste en lo profundo de las almas y se infiltran en las estructuras sociales, tergiversándolo todo, con peligro de los individuos y de la convivencia humana."

Se ha hablado gráficamente de "una llaga abierta en el costado de la Iglesia": la de la ignorancia religiosa. El hombre podrá obrar, a veces, en desacuerdo con sus propias ideas. Hartos estamos de ver hombres que siendo creyentes, no son lógicos con lo que profesan. Pero, al menos, saben lo que tendrían que hacer. Inmensamente más trágica es la situación de quienes desconocen las más elementales nociones de su vida religiosa y aun humana. Y, sin embargo, en esta situación se encuentran millones de hombres. No miremos a tierras de misión. Junto a nosotros, en países de vieja solera cristiana, en Estados que son confesionales o al menos viven en régimen concordatario, hay multitudes a las que apenas ha llegado de manera coherente, clara, eficaz, la palabra evangélica. Y esta muchedumbre va creciendo. El espectacular desarrollo de las grandes ciudades, el inhumano crecimiento del suburbio, la escasez de clero en unos sitios, la escuela laica en otros, el afán de comodidad de vida por todas partes, van poniéndonos cada vez más en presencia de un hombre que apenas sabe nada de la religión. Problema pavoroso, sobre el que es necesario volcar con fuerza nuestra reflexión y nuestro trabajo.

Mientras esto ocurre, mientras nuestra tarea va pareciéndose cada vez más a la de una "misión a bautizados", los avances de la técnica van operando un fenómeno de masificación de la cultura. No está lejos el día en que la enseñanza media nos parezca tan normal para todos, como encontramos hoy normal también para todos la enseñanza primaria. La facilidad

que los modernos medios de difusión ofrecen al hombre para adquirir conocimientos, va enriqueciendo la cultura del ciudadano. ¡Lástima que a veces ese enriquecimiento sea un auténtico empobrecimiento en lo religioso! Y no por falta de interés. El tema religioso tira con fuerza de la atención del hombre de hoy. Ahí está el testimonio de las grandes revistas "Paris Match", "Life", etc., confeccionadas a base de serios estudios sobre los temas que interesan al hombre de la calle, y abiertas generosamente al tema religioso.

La misma técnica ofrece hoy métodos prodigiosos de enseñanza. Todo un nuevo mundo, el de los métodos audiovisuales, parece abrirse. Junto a ellos, los avances en la psicología, el conocimiento más profundo de las técnicas pedagógicas y de los resortes colectivos, permiten hoy hacer verdaderas maravillas.

Y al pensar en todo esto, no se puede dejar de sentir una cierta tristeza. Haría falta seguir con paso más vivo todos estos avances. Mejorar nuestra enseñanza de catecismo, nuestras clases de religión en la enseñanza media, solucionar el problema de la cultura religiosa del universitario, utilizar masivamente los medios colectivos de expresión con tal inteligencia que el hombre de la calle apeteciera ponerse en contacto con el tema religioso... No cerraremos los ojos a lo que se ha hecho. Hay cosas muy buenas, y sólo la implantación del catecismo nacional en España supone ya un paso de gigante. Pero reconozcamos con toda verdad que en este campo de la cultura religiosa los avances han sido menos notorios que en otros campos, que nuestras técnicas catequísticas son aún rudimentarias, que nos hace falta saber utilizar mejor la radio o el "cine", que hace falta una literatura divulgadora mucho más elaborada, que nuestros textos de Religión piden en no pocos casos cambios muy sustanciales, que nuestra predicación y nuestra catequesis de adultos siguen constituyendo un problema vivo en cuanto a su eficacia.

El Código de Derecho Canónico, en su sobrio lenguaje, puede decirse que reserva casi exclusivamente los superlativos para tratar de la catequesis y la enseñanza religiosa. El Papa, ya lo hemos visto, insiste también con fuerza en la importancia extraordinaria del problema. Nosotros diremos sencillamente que no estamos contentos, que nos duele la realidad actual en este terreno, que no vemos señales de una inquietud paralela a la gravedad extraordinaria de la situación, que es necesario poner, cuanto antes, manos a la obra para que nuestra enseñanza oral, de la catequesis al púlpito, y nuestra enseñanza escrita, de la hojita parroquial al tratado teológico de divulgación, lleguen a ser lo que con apremiante urgencia pide el mundo moderno que sean.

INCUNABLE

En junio pasado tuve la suerte de ver y oír a Juan XXIII. Reciente el recuerdo y la figura hierática de Pío XII, el ánimo va ligeramente prevenido para captar la primera impresión del nuevo Papa. Pero su aparición cordial y efusiva hace olvidar todas las añoranzas.

Apenas Su Santidad traspuso el dintel de la sala del consistorio nos sobrecogió a todos el escalofrío papal, esa emoción que se siente en la presencia del Romano Pontífice. Pero, en este caso, la acompañaba la nota de la efusión paternal. Juan XXIII subió al trono en silencio, escuchó también en silencio las breves palabras que le dirigió el señor Cardenal de Tarragona, pero Juan XXIII comenzó a hablar con las manos y, sobre todo, con los gestos y con los ojos desde el momento en que penetró en la sala. Yo no sabría explicarlo. Era algo así como ese gesto y ademán que hacemos en una gran concentración cuando reconocemos a un amigo y no podemos hablarle por la distancia o el barullo. El Papa se deshacía con las manos, con las inclinaciones de cabeza, con la sonrisa ancha y generosa. Era como el encuentro con quien desde muy antiguo estábamos deseando vernos.

Este mismo gesto cordial y efusivo he apreciado yo en su encíclica sobre la santidad sacerdotal, escrita con motivo del centenario del Cura de Ars. Encíclica breve, pero jugosa y sabrosa. Se lee en veinte minutos, pero contiene meollo para muchas horas.

#### PONDERACION

JUAN XXIII recuerda la ascética figura de Juan María Vianney, sus extraordinarias mortificaciones, la renuncia de sí mismo en grado heroico. Aunque esta vida no está "generalmente" al alcance de todos. Al presentar su pobreza y desprendimiento, sabe muy bien el Papa insistir en el ejemplo y lección del Cura de Ars, pero no cae en fáciles extremismos. "Ciertamente, al recomendar esta santa pobreza no intentamos aprobar la miseria, a la que han sido reducidos los ministros del Señor en algunos casos."

Todavía después, al mostrarnos al abate Vianney dedicando quince horas diarias al confesonario y empleando métodos característicos de pastoral, el Papa insiste en que tal vez "no son inmediatamente aplicables al apostolado contemporáneo".

Sinceramente, me ha gustado este espíritu comprensivo de Juan XXIII, esa ecuanimidad y ponderación que debe presidir la labor del que aconseja. El Papa ha sabido librarse de la tentación del panegírico. Lo fácil hubiera sido achantar a los pobres curas con el ejemplo inimitable de un párroco santo. Aureolarle de tal

forma, que su figura hubiera servido más de desaliento que de estímulo.

Me viene a la memoria aquella idea de San Agustín cuando comenta la frase de Cristo "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Cristo manda que aprendamos de él no a hacer milagros o a fabricar mundos, sino aquello que está al alcance de todos: la humildad y la mansedumbre.

Lo mismo hace el Papa cuando nos traza la figura atrayente de San Juan María, extrayendo de ella lo que tiene de eterno y ejemplar y superando lo anecdótico, que podría servir de retraimiento a quienes no tienen el temple de alma que él, pero quieren cumplir como pastores celosos en su ministerio.

Y es que estas grandes figuras canonizables no quiere prodigarlas, según parece, la Providencia, siendo el "clero medio", fervoroso y trabajador, el que mantiene en pie el ministerio apostólico. Mas como por hombres somos propensos a la mediocridad no siempre áurea, Dios suscita los grandes santos que nos estimulen y hagan levantar la puntería, a la vez que

(Pasa a la pág. 8.)